

en la cual las verdades deben considerarse muy despacio y profundizarse, sino que se necesitan, al menos, algunas reflexiones úti-

ARTICULO QUINTO.

Del santo sacrificio de la misa.

Es menester primero, mirar como cierto, dice Rodriguez, que la santa misa es la representacion de la pasion y muerte de Jesucristo, que quiso por esto renovar la memoria de su amor y de sus sufrimientos, para escitar-nos á amarle y servirle con mas ardor.

2.º Que es la continuacion del mismo sacrificio, que tiene la misma virtud y el mismo valor.

3.º Que aunque solo el sacerdote hable en este sacrificio, y él solo le ofrezca, todos los que asisten no dejan de ofrecerle con él al mismo tiempo.

Pero ¿cómo conviene asistir á este sacrificio?

El mejor modo de oír la misa, continúa el autor ya citado, es unirse al sacerdote, y dedicarse á seguirle y á imitarle en todo lo que hace, teniendo muy presente, lo que es cierto, que estamos todos reunidos en la Iglesia, no solo para oír la misa, sino tambien para ofrecer juntos con él, el sacrificio del cuerpo

otras: *Alabanza y gloria á Aquel que está en lo mas alto de los cielos*; palabras de gozo y aclamacion de que se sirvió el pueblo cuando entró Jesucristo

adorable y de la sangre de Jesucristo. Por lo que, para que los que asisten puedan disponerse como el sacerdote, con toda la preparacion que la Iglesia ecsige, le está ordenado á éste, pronunciar con una voz distinta y clara todo lo concerniente á esta preparacion, que está ordenada con tanta sabiduría, que todo lo que se dice y se hace en ella, es para disponer mejor al sacerdote y á los fieles que asisten, á ofrecer este sacrificio con todo el respeto y piedad posibles.

Primera parte de la misa.—Para reducir este método á la práctica con mas facilidad, es necesario observar que la misa tiene tres partes principales, de las cuales, la primera, que encierra todo lo que se dice desde el *Introito* hasta el *Ofertorio*, solo está destinada á preparar á los fieles á ofrecer dignamente el sacrificio. Este fin se consigue, primero, al recitar el salmo *Judica me* y el *Confiteor*, que el sacerdote dice antes de acercarse al altar, y despues repitiendo con frecuencia el *Kirie eleison*. Esta oracion, no solo significa el estado miserable en que estábamos antes de la venida de Jesucristo, sino que tambien nos enseña, que en todo lo que pedimos á Dios, no debemos fundar nunca nuestra es-

en la cual las verdades deben considerarse muy despacio y profundizarse, sino que se necesitan, al menos, algunas reflexiones úti-

peranza mas que en su misericordia. Se recita despues de esto, el *Gloria in excelsis Deo*, para glorificar á Dios en la encarnacion de su Hijo único, y para darle gracias por tan grande beneficio, y en seguida se dice la oracion.

Es preciso notar que el sacerdote dice, *oramus*, hagamos oracion; y no *oro*, yo hago oracion; porque en efecto, todos los asistentes deben orar con él, y él tambien á nombre de todos. Y á fin de que esta oracion se haga con mas fervor, el sacerdote, vuelto al pueblo, invoca antes el auxilio del Espíritu Santo, por estas palabras: *Dominus vobiscum*, el Señor sea con vosotros; y el pueblo responde: *Et cum spiritu tuo*, y con tu espíritu.

La *Epístola* significa la doctrina del Antiguo Testamento y la de San Juan Bautista, que fué como la preparacion del Evangelio. El *Gradual*, que se dice desques de la *Epístola*, designa la penitencia que hizo el pueblo despues de haber oido la predicacion de San Juan; y la *Alleluia*, que se dice despues del *Gradual*, denota la alegría del alma cuando ha obtenido el perdon de sus pecados por la penitencia.

otras: *Alabanza y gloria á Aquel que está en lo mas alto de los cielos*; palabras de gozo y aclamacion de que se sirvió el pueblo cuando entró Jesucristo en el templo.

El *Evangelio* significa la doctrina que enseñó Jesucristo. El sacerdote, antes de leerlo, hace la señal de la cruz sobre el libro, porque debe predicarnos á Cristo crucificado: despues hace la misma señal sobre su frente, su boca y su pecho, lo que el pueblo hace tambien, y es como una declaracion pública de parte de todos los cristianos, de llevar á Jesucristo en su corazon, y una promesa solemne de confesarle de boca, delante de todo el mundo, y de morir en esta confesion.

Se oye el Evangelio en pié, para manifestar la prontitud con que debemos estar siempre dispuestos á someternos á él y defenderle. Luego se dice el *Credo*, que contiene los principales puntos, los principales misterios de nuestra fé, que es el fruto que sacamos de la doctrina del Evangelio, y esto es lo que compone la primera parte de la misa.

Segunda parte de la misa.—La segunda parte de la misa, comprende todo lo que se dice desde el *Ofertorio* hasta el *Pater*. Esta parte de la misa es la principal, porque en ella se hace la consagracion, y el sacerdote ofrece el sacrificio de propiciacion al Padre Eterno. Así es, que aquel comienza á guardar desde entonces el silencio, como que está

en la cual las verdades deben considerarse muy despacio y profundizarse, sino que se necesitan, al menos, algunas reflexiones úti-

ya cercano el momento del sacrificio; á decir en voz baja las oraciones, de suerte que los asistentes no puedan oirlas, y esto, á imitacion de Jesucristo, que poco tiempo antes de su pasion se retiró á la ciudad de Efrem, cerca del desierto, y cesó durante algun tiempo de mostrarse al público. El sacerdote se lava las manos al ir á ofrecer á Dios el sacrificio, para dar á entender la pureza con que debemos acercarnos á él. En seguida, se vuelve hácia el pueblo, recomendando á los asistentes que hagan oracion en su compañía, á fin de que este sacrificio sea agradable á la Magestad Divina; y despues de haber dicho algunas oraciones en voz baja, interrumpe de nuevo su silencio por el *Prefacio*, que dice en voz alta, y es una preparacion particular, por la cual se dispone á este sacrificio, disponiendo tambien á los fieles. Los exhorta, pues, á levantar su corazon hácia Dios, y á darle gracias por haber bajado del cielo á la tierra á revestirse de nuestra carne y á rescatarnos con su muerte, y le glorifica con estas palabras: *Santo, santo, santo es el Señor, el Dios de los ejércitos*; palabras que segun Isaías y San Juan, repiten sin cesar en el cielo los espíritus bienaventurados; y por estas

otras: *Alabanza y gloria á Aquel que está en lo mas alto de los cielos*; palabras de gozo y aclamacion de que se sirvió el pueblo cuando entró Jesucristo en la ciudad de Jerusalem.

Despues se comienza el *Canon* de la misa, en el cual el sacerdote ruega al Eterno Padre, por los méritos de su Hijo único, que acepte el sacrificio que le presenta por toda la Iglesia en general, por el Papa, por el obispo y por el rey. Hecho esto, pide en secreto por todas las demás personas que comprende en el primer *Memento* de los vivos; y despues de haber ofrecido el sacrificio por su intencion, le ofrece tambien en particular por todos los que asisten.

Esta es una práctica muy útil para asistir á la misa, porque los que asisten á ella de este modo, tienen mas parte que los otros en los dones de Dios. El abate Ruperto dice, que asistir á la misa es asistir á los funerales de Jesucristo; pero para hacerse digno de las gracias que Dios comunica á los que asisten á ella, es necesario estar presente en el mismo espíritu con que la Santísima Virgen, San Juan, la Magdalena y el buen ladron, asistian á la muerte de Jesus. Luego sigue la consagracion, en lo que consiste esencialmente

de lograrse sino en estado de gracia; y estando en dicho estado, hay comunión espiritual todas las veces que se tiene un deseo ardiente de hacerlo.

el sacrificio; y entonces es cuando se ofrece por todos aquellos de que se hizo mencion en el *Memento*.

Pues ahora decimos, que como el sacrificio de la misa se ofrece por todos los asistentes, la mejor práctica de devocion que se puede observar, es aplicarse atentamente á todo lo que dice y hace el sacerdote, y á decir y hacer por nuestra parte lo mismo en cuanto sea posible. De suerte que cuando el sacerdote hace el *Memento* por los vivos, es bueno que cada uno haga el suyo en particular, pidiendo á Dios por los que están todavía en este mundo de destierro; y cuando hace el *Memento* por los difuntos, es bueno hacerlo nosotros tambien y pedir á Dios por ellos.

San Francisco de Borja se servia para esto del método siguiente:

Despues de haber considerado este sacrificio como recuerdo de aquel que Jesucristo ofreció sobre la cruz, y siendo en efecto el mismo, aplicaba su *Memento* á cada una de las cinco llagas del Salvador. En la de la mano derecha, encomendaba á Dios al Papa, á los cardenales, á los obispos, á los pastores y á todo el clero; en la de la mano izquierda, encomendaba al rey, á las órdenes religiosas,

palabras: *Santo, santo, santo es el Señor, el Dios de los ejércitos*; palabras que segun Isaías y San Juan, repiten sin cesar en el cielo los espíritus bienaventurados; y por estas

y particularmente á la Compañía de Jesus; en la del pié izquierdo, pedia por sus padres, sus amigos, sus bienhechores, y en general, por todos los que se habian encomendado á sus oraciones. Mas en órden á la del costado, se la reservaba, suplicando á Dios perdonase sus pecados, y pidiéndole al mismo tiempo, los socorros y gracias que necesitaba.

Lo mismo hacia respecto del *Memento* por los muertos; ofreciendo este sacrificio, primero, por las almas á cuya intencion celebraba; segundo, por las almas de sus parientes; tercero, por las de los religiosos de la Compañía; despues, por las de sus amigos, de sus bienhechores, de los que se le habian recomendado, y por quienes tenia alguna obligacion; y por último, por todas las almas que estaban mas destituidas de socorros particulares, ó que sufrían mas, ó estaban próximas á salir del purgatorio, ó por quienes habia mas caridad en pedir. Cada uno puede seguir este método ó algun otro semejante.

Sobre todo, es necesario ofrecer este sacrificio, para tres fines: el primero, en accion de gracias por los beneficios que hemos recibido de Dios, así en general como en particular; el segundo, en satisfaccion y expiacion de nues-

de lograrse sino en estado de gracia; y estando en dicho estado, hay comunión espiritual todas las veces que se tiene un deseo ardiente de hacerlo.

tros pecados; el tercero, para pedir á Dios el remedio de nuestras miserias, y para obtener nuevas gracias. Y al ofrecer todos los días á Dios este sacrificio por estos tres fines, es bueno ofrecerlo, no solo por sí mismo, sino tambien por todo el mundo en general.

Al mismo tiempo, es bueno que todos los días, en la misa, nos ofrezcamos en sacrificio con Jesucristo al Padre Eterno, para llenar estas mismas intenciones, y sacrificándole todo cuanto está en nosotros, sin reserva ni division; pues aunque nuestras acciones sean de poco valor y carezcan de mérito, no obstante, unidas á los méritos y á la pasion de Jesucristo, y teñidas en su sangre, adquieren grande precio, y son, en extremo, agradables á Dios.

Tercera parte de la misa.—La tercera parte de la misa, se estiende desde el *Pater* hasta el fin. Entonces comulga el sacerdote, y todas las oraciones que recita despues de la comunion, son acciones de gracias por el beneficio inestimable que ha recibido.

Los que asisten á la misa, deben seguir é imitar en esto al sacerdote, cuanto les sea posible. Es verdad que nosotros no podemos comulgar realmente en cada misa, pero si

palabras: *Santo, santo, santo es el Señor, el Dios de los ejércitos*; palabras que segun Isaías y San Juan, repiten sin cesar en el cielo los espíritus bienaventurados; y por estas

que acertariamos mucho esos momentos, si no estuvieran prescritos por la obediencia, y si pudiéramos disponer de ellos á nuestro gusto? Fuera de esto...

comulgar en espíritu, y esta es una especie de devocion muy santa y muy útil, comulgar espiritualmente, mientras que el sacerdote lo hace en realidad bajo las dos especies.

La comunion espiritual consiste, pues, en tener un ardiente deseo de recibir este Sacramento adorable. El Concilio de Trento hace sobre este punto una observacion, y es que, con el objeto de que el deseo de comulgar se convierta en una comunion espiritual, es menester que proceda de una fé viva, acompañada de caridad; es decir, que se necesita que el que tenga este deseo, esté entonces en gracia de Dios, para poder unirse en espíritu con Jesucristo, y gozar del fruto que produce esta comunion. Porque, el que estuviera en estado de pecado mortal, no solo no comulgaria espiritualmente, sino que el deseo que tuviese de comulgar seria un pecado. Si formase tal deseo con condicion, y en caso que se hallase escento de pecado, dicho deseo seria sin duda bueno y loable; mas no por esto valdria por comunion espiritual, porque ésta no puede lograrse sino en estado de gracia; y estando en dicho estado, hay comunion espiritual todas las veces que se tiene un deseo ardiente de hacerlo.

tros pecados; el tercero, para pedir á Dios el remedio de nuestras miserias, y para obtener nuevas gracias. Y al ofrecer todos los dias á

Puede tambien suceder á veces, que el que solo comulga en espíritu, reciba gracias mas abundantes que el que lo hace en realidad; pues aunque sea verdad que la comunión sacramental es por sí misma de mayor precio y ventaja que la espiritual, pues en calidad de sacramento, confiere la gracia por una virtud que le es propia, lo que no hace la comunión espiritual, sin embargo, es muy cierto, que se puede tener un deseo tan ardiente de comulgar, y este deseo puede estar acompañado de tanto respeto y humildad, que se reciba mas por este medio, que otra persona que comulgue en realidad, pero con disposiciones menos buenas. La comunión espiritual tiene tambien esta ventaja sobre la otra, que puede renovarse con mas frecuencia. Porque la comunión sacramental se puede recibir una vez por semana, y á lo mas, una vez cada dia, mientras que la espiritual se puede hacer varias veces al dia; y muchas personas tienen la piadosa costumbre de comulgar en espíritu, no solo todos los dias en la misa, sino cada vez que visitan al Santísimo Sacramento.

que acertariamos mucho esos momentos, si no estuvieran prescritos por la obediencia, y si pudiéramos disponer de ellos á nuestro gusto? Fuera de esto ti-

ARTICULO SESTO.

De las visitas al Santísimo Sacramento.—Es una devoción sólida, conforme á las intenciones de Jesucristo, saludable para las almas que aspiran á la perfección.

Es una devoción sólida, dice el padre Bourdaloue, porque tiene á Jesucristo mismo por objeto; no solo en figura y representación, no solo en simple recuerdo y en la imaginación, sino á Jesucristo presente en realidad y en sustancia, presente en persona, como Dios y como hombre; en una palabra, tal como está en lo mas alto de los cielos, á la diestra de su Padre; de suerte que en las visitas que hacemos al Santísimo Sacramento, visitamos efectivamente á Jesucristo mismo, delante de él nos prosternamos y conversamos. Allí está en el estado en que venimos á buscarle y como pretendemos honrarle; está allí para recibirnos, para oirnos, para respondernos; en medio de una multitud infinita de espíritus celestiales que no se apartan de su altar; y nosotros mismos estamos como rodeados de esta tropa bienaventurada, á la cual nos unimos para ofrecer juntos nuestros homenajes é in-